8099

VICENTE COLORADO

Padre nuestro

CUADRO DRAMÁTICO EN UN ACTO Y EN VERSO

Visto en *Le Pater*, de François Coppée

Estrenado en el teatro de la Comedia el 23 de Marzo de 1895, en el beneficio de la Srta. D.ª Carmen Cobeña.

MADRID
SÁENZ DE JUBERA, HERMANOS
EDITORES
10, CALLE DE CAMPOMANES, 10

1895

3

A la eminente actriz Car-
men Cobeña que tan
admirablemente ha in-
terpretado esta obra, su
S.ro amigo y admirador
entusiasta

V. Colorado

PADRE NUESTRO.

Digitized by the Internet Archive
in 2012 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

http://archive.org/details/padrenuestrocuad1233colo

VICENTE COLORADO

Padre nuestro

CUADRO DRAMÁTICO EN UN ACTO Y EN VERSO

Visto en *Le Pater*, de François Coppée

Estrenado en el teatro de la Comedia el 23 de Marzo de 1895, en el beneficio de la Srta. D.ª Carmen Cobeña.

MADRID
SÁENZ DE JUBERA, HERMANOS
EDITORES
10, CALLE DE CAMPOMANES, 10

1895

Est. Tip. «Sucesores de Rivadeneyra». Paseo de San Vicente, núm. 20.

DOS CARTAS.

609200

DOS CARTAS.

I.

Sr. D. Juan Barco:

Mi querido amigo: usted me dió á conocer, en una traducción literal de su hermano Ramón, el hermoso poema dramático de Coppée, *Le Pater;* á repetidas instancias de usted me decidí á escribir este cuadro, á mi modo, según yo lo había visto y sentido, siguiendo la acción trazada por el gran poeta francés, pero con libertad de palabra y pensamiento; acepten, usted y Ramón, esta obra que, como testimonio de la sincera amistad que les profesa, les dedica

V. Colorado.

Madrid 25 de Marzo de 1895.

II.

Sr. D. Emilio Mario:

Mi respetable y muy querido amigo mío: debo á usted una de las más grandes satisfacciones de mi vida: la de haber aceptado un papel en esta obra, que ha interpretado usted con la maestría y buen gusto que le son propios.

Gracias, D. Emilio, mil gracias á usted y á los excelentes actores de su compañía, para quienes son principalmente los aplausos conseguidos.

Sabe usted que le quiere muy de veras su reconocido amigo, que le abraza,

V. Colorado.

Madrid 25 de Marzo de 1895.

CUATRO PALABRAS.

CUATRO PALABRAS.

Es en España Francisco Coppée el más apreciado entre los poetas franceses contemporáneos. Y la razón para mí es clara. Coppée, además de su brillante imaginación, de su delicadeza de sentimiento y de su amor á la sencillez clásica, es un espíritu equilibrado y sano. Mientras que muchos ó casi todos los escritores de la Francia actual dan en la extravagancia, buscando la originalidad, el autor de *Le Reliquaire* permanece siempre dentro de los límites del buen gusto. Podrán gozar en París de ruidosa nombradía los discípulos de Baudelaire, los decadentes Verlaine y Mallarmé, Moreas, Vignier, Morice y tantos otros poetas degenerados, como los llama Max Nordau; pero sus producciones, que no carecen de rasgos geniales, no tienen aquella cualidad de que habla nuestro Quintana:

> (Que vuestro canto enérgico y valiente
> Digno también del universo sea),

son producto de una atmósfera enrarecida; fuera de ella no pueden vivir. Por el contrario, los escritos de Coppée,

en Francia y fuera de Francia, viven con vida lozana, porque reflejan lo que hay de permanente y general en el alma del hombre; no los desórdenes y delirios de espíritus desequilibrados y enfermizos.

Buena prueba de lo que acabo de decir es el éxito alcanzado en el teatro de la Comedia por el hermoso drama *Le Pater*, puesto en verso castellano por Vicente Colorado.

Es el de Coppée un verdadero drama psicológico. Preséntase en él la crisis violenta porque pasa el alma de una mujer al ser herida repentinamente por la desgracia. Clara es, en este sentido, un hermoso símbolo de la resignación cristiana que, fortalecida por la fe religiosa, logra sobreponerse al propio dolor. El primer movimiento del alma de la joven es de protesta y rebeldía. También Job, al sentir desencadenarse sobre él todo el huracán de sus desdichas, blasfemó y maldijo el momento en que había sido engendrado. Pero en el mismo dolor hay fuente de consuelo. El sufrimiento es una especie de cauterio, abrasa, pero da salud; y Clara, como todos los desgraciados que, conservando la fe en el corazón, cruzan este valle de lágrimas, ve brillar, en medio de su momentánea desesperación, el rayo de luz divina que le señala el único consuelo de los tristes: la esperanza en Dios.

No ha tenido necesidad Coppée, para trazar tan hermoso cuadro dramático, de echar mano de obscuras metafísicas ni de enrevesados procedimientos; la poesía le ha bastado; que ella tiene el don de dar forma sensible á lo abstracto, de idealizar lo material y de materializar lo ideal; de expresar lo inefable; de descorrer, con pasmosas adivinaciones, el velo que la ciencia no logra rasgar.

Así, pues, sean cualesquiera las tendencias nuevas del teatro, y aun creyendo, como yo creo, que las corrientes dramáticas que se extienden hoy por todos los teatros de Europa tienen razón perfecta de existir y responden al estado de alma de la sociedad presente, preocupada por hondas y gravísimas cuestiones, es lo cierto, ó por tal lo tengo, que la primera cualidad del autor dramático, ahora como en los tiempos de Calderón, es la de ser poeta. Cuanto la sociología moderna estudia, cuanto la filosofía abarca, cuanto el entendimiento penetra, cuanto la fe adivina....., todo cabe en la escena; pero á condición de ser presentado desde el punto de vista poético. Querer convertir el teatro en cátedra es tan insensato como pretender convertirlo en púlpito. El drama ha sido, es y será un género poético, y cuantos problemas se presenten en él han de estar revestidos de los encantos de la poesía, lo que no exige—inútil es decirlo—como requisito indispensable la forma métrica.

Cuando el autor dramático logra encerrar en una acción *poética* cualquiera de las grandes cuestiones humanas, cuando encarna en fingidos personajes los problemas sociales, metafísicos, teológicos....., bien puede decirse que ha logrado alzarse hasta las más altas cimas del arte escénico.

Esto han hecho desde Esquilo hasta Ibsen y desde Calderón hasta Ayala. Presentar la verdad por el lado de lo bello es la misión del arte, y, por consiguiente, del teatro.

El *Pater* de Coppée es una obra esencialmente poética. La manera de desarrollarse la acción, los caracteres que en ella intervienen, las pasiones, los afectos, los varios móviles que animan á los personajes, todo es noble y hermoso. Lo que allí contemplamos es el alma del

hombre ennoblecida; lo que el poeta nos presenta es algo así *como el reflejo de Dios en las paredes humanas.* Por mi parte, declaro que á los autores que ponen particular empeño en descubrir *la bestia* que todo hombre lleva dentro de sí, prefiero aquellos otros que se complacen en mostrarnos el elemento divino que existe en nuestro ser y que parecen decirnos: «no desfallezcas, no te consideres rebajado al nivel de los brutos; eres, como decía Pascal, una frágil caña....., pero eres *una caña que piensa;* barro eres, pero barro amasado por el divino artífice. Eleva tu corazón, que Dios está en ti y contigo.»

Esta poética elocuencia se desprende del drama de Coppée, elocuencia que Vicente Colorado, poeta de grandes alientos y vigorosa inspiración, ha sabido reflejar en el *Padre Nuestro*. Colorado no se ha atenido á traducir, ha hecho más: ha interpretado, ha parafraseado al autor francés; y así como Jáuregui hizo del *Amint* del Tasso una obra española tan buena como su modelo, del mismo modo Colorado, al escribir el *Padre Nuestro*, ha dotado al teatro moderno español de un drama tan hermoso como el drama francés *Le Pater*.

Sólo un poeta puede traducir á otro poeta. En arte como en matemáticas, dos cantidades de signo contrario se destruyen. Vicente Colorado no se ha limitado á convertir en versos castellanos los versos franceses: esto hubiera podido realizarlo cualquier versificador un poco ducho en el manejo de la rima; ha hecho más: se ha asimilado la obra de Coppée; no se ha contentado con verla y entenderla, la ha sentido; y merced á este trabajo de compenetración ha logrado dar al drama el *Padre Nuestro* valor propio. Casi siempre toda traducción es una resta; el traductor quita algo al autor traducido;

en el caso presente la traducción de *Le Pater* ha sido una suma: á las bellezas creadas por Coppée ha añadido Colorado las bellezas por él imaginadas..... Así se *arreglan* ó *adaptan* ó *traducen* las obras poéticas.

ZEDA.

REPARTO.

PERSONAJES

CLARA.....	SRTA. D.ª CARMEN COBEÑA.
TOMASA, su criada.....	» » MARÍA CANCIO.
PEPA, vecina.....	SRA. D.ª ROSA TOVAR.
EL PADRE DANIEL, cura.	SR. D. EMILIO MARIO.
SANTIAGO, cantonal.....	» EMILIO THUILLIER.
UN OFICIAL del ejército...	» ALFREDO CIRERA.
Soldados.	

La acción en Cartagena, el año 1873, durante las últimas horas del sitio.

ADVERTENCIA.—Los versos que van precedidos de una estrella (*) se suprimen en la representación.

PADRE NUESTRO.

CUADRO DRAMÁTICO.

ACTO ÚNICO.

Habitación de planta baja; al foro dos grandes ventanas y una puerta, en el medio; al través de ellas se ve un jardín cerrado por una tapia con otra puerta en el centro; más allá del jardín se divisan las casas de la ciudad; puertas laterales. Los muebles sencillos y sólidos; á la derecha del espectador una percha y en ella colgados la sotana, la capa y el sombrero de teja de sacerdote; hacia el proscenio, un sillón de vaqueta y una mesa con libros, papeles, plumas de ave y tintero; á la izquierda un altar con un gran Cristo de talla, delante del cual hay dos gruesos cirios; en las paredes cuadros de imágenes y asuntos religiosos.

ESCENA PRIMERA.

TOMASA y PEPA.

TOMASA á la izquierda, sentada en una silla baja y secándose las lágrimas con el extremo del delantal; PEPA, á su lado, de pie y con una cesta de la compra al brazo.

PEPA. Pero, ¡Dios mío! ¿es verdad
que ha ocurrido esa desgracia?
¿Le han fusilado?
(TOMASA mueve la cabeza afirmativamente.)
¡Bandidos!.....
¡gente sin fe y sin entrañas!.....
¡Vamos, parece increíble
que hayan hecho tal infamia!

TOMASA. ¡Tan increíble!..... ¡Yo misma
le vi muerto, y lo dudaba!
(Llorando con más fuerza.)
¡Quién lo había de decir!
PEPA. Pero, señora Tomasa,
¿cómo y cuándo sucedió?
TOMASA. Ayer tarde, en la muralla.
PEPA. ¿Ayer?
TOMASA. Ayer mismo; siendo
esas turbas desalmadas
los dueños de Cartagena.
PEPA. ¡Dios les confunda! ¡Canallas!
TOMASA. (Entre sollozos.)
Un vecino, desde lejos,
le vió; el pobrecillo alzaba
la mano y les bendecía,
cuando silbaron las balas
y cayó sin vida al suelo.
PEPA. ¿Y ustedes sin saber?.....
TOMASA. Nada.
Momentos antes, vinieron
aquí á prenderle; su hermana
y yo nos dijimos: «Pronto
estará de vuelta en casa.
A nadie ha hecho mal; con nadie
se ha metido; sus palabras
fueron de paz y concordia».....
¡Cómo pensar tal desgracia!
¡Y todo por el cantón!
¿Y qué es eso?..... una palabra
sin sentido; ni ellos saben
lo que es tampoco. ¿Y se mata
así á un buen hombre? ¡Asesinos!

¿Cómo he de tenerles lástima
ni compasión? ¿La tuvieron
ellos quizá?

PEPA. No la falta
á usted razón; eso es cierto.
¡Pobre señor! No cesaba
de hacer bien. Durante el sitio
él iba de casa en casa
dando ropas y dinero;
siempre fué el paño de lágrimas
de todos los desgraciados,
el amparo y la esperanza
de los huérfanos..... ¡Y haberle
fusilado!..... ¡Eso no pasa
ni entre cafres!..... No, señora;
¡ni entre cafres!

(Breve pausa.)

¿Y su hermana,
que adoraba en él? De fijo
que estará desesperada.

TOMASA. ¡Si usted supiera, vecina!

PEPA. ¡Pobre señorita Clara!
¡Tan buena!

TOMASA. Veinte años hace
que estoy sirviendo en su casa,
y nunca, nunca la he visto
incomodarse por nada.

PEPA. ¿La conocería usted
muy niña?

TOMASA. Sí; no contaba
diez años.

PEPA. ¿Y el señor?

TOMASA. Era

más joven. ¡Cuántas desgracias
han sufrido en esta vida!

PEPA. ¿De veras?

TOMASA. Desde la infancia
quedaron huérfanos, solos,
con una fortuna escasa
que heredaron de sus padres;
poca cosa; pero, gracias
á la señorita, todo
se hizo al fin como Dios manda.
Ha sido para su hermano
una madre; no pensaba
más que en «su Juan». Y, el señor,
era de niño una alhaja.
¡No se encuentra otro como él!

PEPA. Ya sabe usted que la cara,
como se suele decir,
es el espejo del alma;
y era de un ángel la suya.

(Breve pausa.)

Y la señorita Clara,
¿no pensó nunca en casarse?

TOMASA. Nunca.

PEPA. Porque si ahora es guapa,
años atrás.....

TOMASA. Era un sol.
Y no porque la faltaran
pretendientes; los tenía
á puñados; ¡pero, nada!
Estando en el seminario
el señor, dió en cortejarla
un primo suyo muy rico;
pero ella, en pocas palabras,

deshizo sus ilusiones
y acabó sus esperanzas.
Cuando yo la reconvine
porque así desperdiciaba
tan buen partido, ¿usted sabe
qué dijo?

PEPA. No se me alcanza.

TOMASA. Pues que se había propuesto
que la enterrasen con palma.
«Viviré siempre»—añadió—
«para Juan; y, cuando se haya
ordenado y cante misa,
me llevará con él de ama,
y, como hasta aquí la nuestra,
cuidaré entonces su casa.»
Así lo hizo; así han vivido
hasta ayer, los dos, en santa
y dichosa paz. (Sollozando.) ¡Dios mío!
¡Y pensar que esos canallas
le han fusilado! ¡Que todo,
familia, hogar, cuanto se ama,
se ha deshecho en un instante
como la sal en el agua!

PEPA. Es un horror, ciertamente,
lo que han hecho.

TOMASA. ¡Amo del alma!

PEPA. (Indicando la habitación de la derecha.)
¿Oye usted?

TOMASA. (Se dirige á la puerta de la derecha, observa y vuelve al proscenio.) La señorita
despertó ya. ¡Dios nos valga!
Retírese usted, vecina;
que ante personas extrañas

su dolor es más profundo.

PEPA. (Dirigiéndose con Tomasa al foro.)
Está bien; hasta mañana,
que vendré á ver cómo sigue;
y si acaso hiciese falta,
ya sabe usted dónde vivo;
avíseme.

TOMASA. Muchas gracias.

ESCENA II.

TOMASA y CLARA.

CLARA, por la puerta de la derecha, vestida de negro, muy abatida y con paso vacilante; TOMASA va á su encuentro.

TOMASA. ¿Qué tal? ¿Está usted mejor?

CLARA. ¿Quién?..... ¿yo?..... Es verdad; he dormido;
y mi breve sueño ha sido
sueño de espanto y horror.
Tiros de fusilería;
incesantes cañonazos;
granadas que en mil pedazos
volaban; la gritería
rabiosa de los vencidos
uniéndose á los clamores
de animosos vencedores;
aquí muertos, allí heridos;
en escombros arrumbados
hogares antes risueños,
ahora tumba de sus dueños,

quizá en vida sepultados;
ayes, lamentos y quejas;
sollozos y maldiciones;
y, cual fúnebres crespones,
en desgreñadas madejas
el humo negro, asfixiante,
del incendio..... Eso sentí,
eso escuché y eso vi,
soñando, en un solo instante.

TOMASA. Ya pasó; cálmese usted.

CLARA. Aquí, en la cabeza, siento
un no sé qué.....

TOMASA. (Acercándola una silla.) Tome asiento.

CLARA. (Sentándose.) Yo me ahogo..... Tengo sed.

(Tomasa va á la mesa, donde habrá una botella con agua y un vaso; llena éste y se lo lleva á Clara, que bebe con avidez.)

Pero..... no se oye el cañón.
¿No se baten? ¿Se han rendido?.....
¿Qué ha pasado?.....
(Con odio.) Habrán huído
como cobardes que son.

TOMASA. Aun no cesó la batalla;
pero ya los sitiadores,
casi todos, vencedores,
traspusieron la muralla.

CLARA. ¿Y los cantonales?

TOMASA. Van
replegándose, acosados,
de calle en calle.

CLARA. ¡Malvados!
De fijo se salvarán.

TOMASA. Ó no.

CLARA. Tendrán esa suerte;
implacables cuando oprimen,
tienen valor para el crimen
no para arrostrar la muerte.
(Breve pausa.)
Todo se apacigua, todo
cobra la calma perdida,
y vuelve otra vez la vida
á surgir del mismo modo.
*El sol muestra su belleza
*en el cielo azul; las flores
*ostentan los mil primores
*que les dió Naturaleza;
*se oye á las aves cantar
*alrededor de los nidos,
*en las ramas suspendidos,
*y á sus hijuelos piar;
*corre el agua trasparente
*que la luz del cielo irisa,
*mueve las hojas la brisa,
*el mar se alza blandamente;
*todo en la casa reposa,
*nada indica que haya entrado
*aquí el dolor, no ha cambiado
*en ella ninguna cosa.
Parece que tierra y cielo,
con esa insensible calma,
del infortunio de mi alma
se burlan, y de mi duelo.
¿Qué les importa mis penas?
¿qué mis lágrimas, mi luto,
ni que se malogre el fruto
cuando ha florecido apenas?

¿Qué les importa mi vano
lamentar? ¿qué si desmayan
mi fe y mi valor, ni que hayan
asesinado á mi hermano?

(Clara, que hasta aquí ha venido como conteniendo la explosión de su dolor, rompe al fin en sollozos.)

¡Hermano mío!..... No acierto,
me es imposible creer
que no he de volverte á ver,
que ya no existes, que has muerto.

TOMASA. (Limpiándose las lágrimas con el dorso de la mano, á espaldas de Clara.)

Vamos, vamos, señorita,
sea usted más razonable.

CLARA. Idea horrible, espantable;
desdicha eterna, infinita.
¡No volver, cuando le espera
aquí todo!..... ¡no poder
darle la vida, y querer
dársela!..... ¡Me desespera!

TOMASA. (Procurando distraerla.)

¡Ah! ¿no sabe usted?..... Ha estado
la señora Pepa aquí.

CLARA. (Maquinalmente.)

¿La señora Pepa?.....

TOMASA. Sí.

CLARA. ¿Sabía que le han matado?

TOMASA. (Sin hacerla caso:)

También, antes, ha venido
el Padre Daniel.

CLARA. ¿Sabría?.....

TOMASA. (Interrumpiéndola.)

Ha dicho que volvería.

CLARA. No quiero verle.
TOMASA. Él ha sido
el amigo inseparable
del señor, á quien amaba
como á un hijo. Yo pensaba.....
CLARA. Sí, es un hombre venerable,
muy bueno; pero imagino
que vendrá con intención
de hablar de resignación,
de paz, del poder divino,
de que hay un Dios justiciero.....
y escucharle no podría
con calma, y blasfemaría.
No quiero verle, no quiero.
TOMASA. Señorita.....
CLARA. Vete ya;
déjame con mi dolor.
TOMASA. ¿Sola?
CLARA. Así estaré mejor;
te lo mando.
TOMASA. Bien está.
(Tomasa se va por la puerta de la izquierda.)

ESCENA III.

CLARA.

*Quiero estar sola, como él
*en su sepulcro está solo,
*ya que mi vida no inmolo
*ni termina este cruel
*suplicio..... ¿Y viviré así
*mucho tiempo?..... ¿años, quizás?.....

*no; dolor, tú acabarás
*lo poco que alienta en mí;
*tu germen mi pecho encierra,
*y al fin romperá este vano
*corazón cual rompe el grano
*fecundo la dura tierra.
¿A qué vivir?..... Ya mi vida
objeto alguno no tiene;
nada al mundo me retiene,
á nadie mi alma está unida;
para mí no hay esperanza,
trocóse en odio mi amor,
mis afectos en dolor,
mi caridad en venganza.

(Breve pausa.)

Quisiera tener aquí,
al alcance de mi mano,
á uno de esos que á mi hermano
mataron; soy débil, sí,
pero el odio me daría
fuerzas; ¡con cuánto placer,
haciéndole padecer
mil muertes, le mataría!

(Breve pausa.)

Lo que mi corazón siente
es monstruoso; ya no soy
lo que era; de ayer á hoy
he cambiado de repente.
En mí todo se ha extinguido,
todo; mis obras piadosas,
mis ideas religiosas,
cuanto he pensado y creído.
De estas penas que me afligen,

sólo claros y distintos
se alzan en mí los instintos
de mi selvático origen.
No calmará mi aflicción,
mi angustia y mi desconsuelo
nadie, aunque me hablen del cielo,
de esperanza y redención.
Ya se acabó mi ceguera,
ya veo con claridad;
si existe un Dios de bondad
es como si no existiera.
Dios que tolera y consiente
que la iniquidad, la guerra
y el mal triunfen en la tierra,
ó es malo ó es impotente.
Y pues él ha permitido
que muriese asesinado
un justo; pues ha tomado,
por lo que veo, el partido
de Satanás; pues no alcanza
á impedir, según parece,
tanto crimen, ni me ofrece
la suspirada venganza,
no creo, no creo en él;
de mi conciencia le arrojo;
ya ni le amo, ni su enojo
me inquieta.

(Mientras Clara dice estos últimos versos, aparece en el fondo del jardin, avanzando hacia la escena, el Padre Daniel, sacerdote de cabellos blancos y de bondadosa presencia; Clara le ve al terminar su última frase, y cuando ya el sacerdote ha traspuesto el umbral de la puerta de la habitación, donde se detiene.)

¡El padre Daniel!

ESCENA IV.

CLARA y el PADRE DANIEL.

P. D. ¡Infeliz!

(El Padre Daniel extiende el brazo y dice bendiciendo á Clara.)

El Señor sea contigo.

CLA. ¡Ah!..... ¿es usted?..... Le agradezco la visita; pero.....

P. D. Lo sé; Tomasa habló conmigo;
ya sé que la presencia del amigo
cariñoso y leal no necesita.

CLA. No es eso, mi dolor.....

P. D. Tampoco ignoro
que es grande; tanto ya, que acaso ofenda
al que lo siente; y como el mal deploro,
y creo necesita su decoro
de alguien que de usted misma la defienda,
aquí entré, mensajero sin ventura
que desciende al abismo inexplorado
del humano dolor, y se aventura,
en el nombre de Aquel que está en la altura,
á hablar de fe al que está desesperado.

CLA. Juro á usted que es inútil cuanto diga;
y si ha de hablarme así, yo le suplico
que se vaya y me deje.

P. D. Eso me obliga
con mi deber; abrojos sólo espiga
mi mano; sólo en el erial fabrico.

CLA. Márchese usted, márchese usted; mi boca
sólo habla de rencor y de venganza.
P. D. El que al Dios de Abraham con fe le invoca
hace manar el agua de la roca.
CLA. (Secamente.)
No hay Dios.
P. D. (Con dulzura.) No habría entonces esperanza.
Quien como usted padece y sufre tanto,
¿el alma cerrará á todo consuelo?
CLA. Mi hermano.....
P. D. Ha muerto mártir, era un santo.....
(Con solemne gravedad.)
y existe aún. «Mujer, seca tu llanto;
consuélate; tu hermano está en el cielo.»
CLA. ¡El cielo!..... Esa es una palabra vana,
una mentira; el cielo está vacío;
ayer como hoy, esa extensión lejana,
según su fe, la estupidez humana
la puebla y la despuebla á su albedrío.
*¡Mi hermano está en el cielo!..... No, no es cierto;
*jamás allí le han de encontrar mis ojos;
*sólo es verdad que ayer le vi cubierto
*de sangre, herido, destrozado y yerto
*cuando estreché en mis brazos sus despojos.
¡El cielo! ¡Siempre el cielo!..... ¿Pues qué hacía
cuando esos miserables á balazos
le asesinaban? ¿qué?..... Resplandecía
azul, puro y en calma..... ¡y no se hundía;
al ver tan grande infamia, hecho pedazos!
*¡Bien valía la pena de que el cielo,
*extraño á nuestras penas y dolores,
*se mezclara en las cosas de este suelo
*y acábase con tanto desconsuelo,

*tanto mal, tantos crímenes y horrores!

P. D. Esas blasfemias que el dolor la inspira,
Dios las perdona; pero, allá, en la calma
de la excelsa región, alguien suspira,
y son esos acentos de la ira
cuchillos que se clavan en su alma.
Porque, aunque usted lo niegue en su locura,
su hermano habita en la ciudad eterna;
no ha muerto; dejó aquí la vestidura
frágil del cuerpo, y remontó la altura
en pos de Aquel que todo lo gobierna.

CLA. *¡Ah! ¡si fuera verdad lo que otras veces
*creí! ¡lo que ahora de su labio escucho!.....
*Desde que bebo las amargas heces
*del dolor, ¡qué espantosas lobregueces
*me asaltan! ¡cuántas dudas, con que lucho!

P. D. *El dolor no es abyecto; ha enaltecido
*y llevado al altar humildes nombres,
*á las fieras romanas ha vencido,
*el asceta le amó, y ha redimido
*en la cumbre del Gólgota á los hombres.

CLA. *¡Inútil sacrificio! Todavía
*reina el mal.

P. D. *De la tierra es su reinado;
*este es valle de lágrimas; es vía
*de espinas y dolor; es, hija mía,
*lugar de expiación y de pecado.
*Fué su hermano de usted glorioso ejemplo,
*y se hizo acreedor del Paraíso;
*era su casa sacrosanto ejemplo
*donde la imagen del dolor contemplo
(Señalando al altar.)
*en el Dios hombre al que adoró sumiso;

*pura y sin mancha ha sido su existencia;
*á su prójimo amó como á sí mismo;
*partió el pan con el pobre, era su ciencia
*la fe que alumbra y guía la conciencia;
*su caridad rayó en el heroísmo;
*y al llegar el terrible y espantoso
*instante de su muerte inmerecida,
*fué como siempre afable y bondadoso;
*y en pie, con humildad, pero animoso,
*dando un adiós á cuanto amó en la vida,

(Trazando la bendición.)

*en el nombre del Padre, en el del Hijo
*y el Espíritu Santo (en quienes yacen
*gracia y poder), con efusión bendijo
*á sus verdugos, á la par que dijo:
*—«Perdonadlos, no saben lo que se hacen».

CLA. (Sollozando.)
¡Hermano!..... ¡Hermano mío!.....

P. D. Que ese llanto
no cese de correr.

CLA. ¡Ay! ¡Qué desgracia!

P. D. Las lágrimas mitigan el quebranto;
llore usted, llore usted.

CLA. ¡Le amaba tanto!

P. D. El goza, al fin, de la divina gracia.

(Breve pausa; Clara tiende el brazo señalando al foro.)

CLA. ¿Oye usted?..... Suenan tiros..... Los soldados
están en la ciudad; los federales,
ya vencidos, dispersos y acosados
de calle en calle, mueren fusilados.....
¡Ah, que no dejen de ellos ni señales!

P. D. ¿Qué dice usted?

CLA. Lo que mi pecho siente.

P. D. Esa gente infeliz.....
CLA. No me enternezco;
no me inspiran piedad; soy inclemente;
ojo por ojo, sí, diente por diente;
mueran ellos también; les aborrezco.
P. D. ¡Eso es horrible!
CLA. ¿Acaso de una fiera
se tiene compasión?..... pues todavía
son peores mil veces. ¡Ah! si fuera
necesario matarles, y no hubiera
quien los matase, yo les mataría.
P. D. Usted no es digna del amor cristiano.
CLA. Quiero vengarme, y nada más.
P. D. ¿Qué dice?.....
¿Vengar?..... ¿á quién?
CLA. A mi infeliz hermano.
P. D. El la condena á usted; porque su mano
bendijo y perdonó, y usted maldice.
Si él estuviera aquí..... Pero, ¡qué digo!
por la bondad de Dios omnipotente
el alma ha vuelto de mi fiel amigo
á su perdido hogar; mudo testigo
que yo siento flotar en este ambiente.
Y me parece oir el dulce encanto
de su voz inefable que suspira:
—«Hermana, hermana, si me quieres tanto,
llore tu corazón, pero á tu llanto
no se mezclen el odio ni la ira.
Quiero seguir viviendo en tu memoria
hasta que llegue el venturoso día
que termine esa vida transitoria
y nos unamos en la eterna gloria,
donde todo es amor, paz y alegría.

Ten valor; cuando mires al pasado
piensa en lo porvenir; y aunque es bien cierto
que el dolor de la vida es muy pesado,
yo velaré por ti, yo iré á tu lado,
seré tu guía y llegarás al puerto.
Al pie del Crucifijo, prosternada,
llora y repite las piadosas preces
que decías conmigo, y, tu mirada,
verá en la faz divina reflejada
la expresión del amor como otras veces.
Abre á los pobres liberal tu mano,
á los que yo auxilié también auxilia,
y oirás hablar á todos de tu hermano;
edúcales en el amor cristiano
y, muerto yo, sean ellos tu familia.
Hermana mía, piensa que la muerte
es de otra vida celestial aurora
en la que has de encontrarme y he de verte;
ante la ruda adversidad sé fuerte,
y cuando sufras mucho, reza y llora.
No olvides que el dolor inmerecido
enaltece y sublima la conciencia;
perdona á los que te hayan ofendido,
que el Dios que hemos amado y conocido
es un Dios de bondad y de clemencia.»

CLA. Es cierto, es cierto.

P. D. Trate usted ahora
de hallar en la oración grato consuelo.
Adiós; y piense que el que reza y llora,
si el dulce nombre del Señor implora,
alcanza al fin la bendición del cielo.

(Sale lentamente por el foro.)

ESCENA V.

CLARA.

¡Rezar!..... Quiero rezar. Cuanto me ha dicho
ahora el Padre Daniel, es verdadero.
Sí, yo recuerdo que en pasados días
tuve penas profundas; yo recuerdo
que agobiada por hartas pesadumbres,
sin esperanza de encontrar remedio,
de rodillas caí, brotó en mis labios
la oración, y, á medida que mis rezos
ocupaban mi alma, yo sentía
más consolado palpitar mi pecho.
(Brevísima pausa)
Sí, yo quiero rezar.
(Volviéndose al Crucifijo.) Divina imagen,
perdón, perdón si te olvidé un momento.
Sí, yo quiero rezar; quiero á tus plantas
encontrar la esperanza que no tengo,
que calmes mi dolor, seques mi llanto,
me devuelvas la fe, que oigas mis ruegos
y que me des, en tan mortal angustia,
fuerza y valor para seguir viviendo.
Sí, yo quiero rezar.....
(Se arrodilla ante el Crucifijo.)
Aquí me tienes
á tus pies prosternada..... Padre nuestro.....

(Después de una pausa se levanta oprimiéndose la cabeza con ambas manos.)

¡Señor!..... ¡Señor!..... ¡qué ideas tan horribles
asaltan á mi mente!..... Sí, yo quiero,
quiero rezar, pero me esfuerzo en vano;
mi propósito es firme, mas no puedo.
*¡Cómo mi labio ha de llamarte Padre
*si, siendo omnipotente, justo y bueno,
*tanta maldad é iniquidad consientes
(Extendiendo los dos brazos hacia el Cristo.)
*que pareces más bien castigo nuestro!
*¡Cómo mi labio ha decirte: «hágase
*tu voluntad así en la tierra»..... habiendo
*sido tu voluntad que asesinasen
*á mi hermano infeliz!..... No; decir eso
*sería tanto como si ese crimen
*execrable y brutal le hubiera yo hecho.
*¡Cómo decir, cómo decir: «perdónanos
*nuestras deudas», si yo á nadie le debo,
*«así como nosotros perdonamos,
*de corazón, á los deudores nuestros!»
¿Perdonar yo á esos viles asesinos?.....
¡imposible decir lo que no siento!
Mi hermano, que era un santo, no lo dudo,
les habrá perdonado; yo no puedo.
¡Rezar!..... ¡rezar!..... ¡otra ilusión perdida!
Yo no puedo rezar ni un Padre nuestro.

ESCENA VI.

CLARA y SANTIAGO.

SANTIAGO, con la cabeza descubierta, el pelo enmarañado y el traje en desorden, dando un fuerte empellón á la puerta del jardin entra aceleradamente, avanza atropellándolo todo, y, siempre mirando hacia atrás, á derecha é izquierda, llega al centro de la escena apresurado y sin aliento.

SANT. (Con voz angustiosa.)
¡Socorro!

CLARA. (En un grito de sorpresa y de terror.)
¡Jesús!

SANT. (Jadeante, haciendo pausas y mirando hacia atrás, sobresaltado, dirigiéndose unas veces á Clara y otras como hablando consigo mismo:)

¡Socorro!
¿Me quiere usted ocultar?
¡Por favor!..... ¡Pude escapar
al fin!..... Tiempo hace que corro
á la ventura; no sé
dónde ir; estoy perdido;
los soldados han seguido
mi pista.
(Va al foro, observa y vuelve; todo con rapidez.)
No se les ve;
pero vendrán hasta aquí
buscándome. ¡Qué ansiedad!
Escóndame, por piedad;
tenga compasión de mí.

CLARA. ¿En mi casa un federado?.....
¡Hay Providencia!

SANT. He venido
jadeante, perseguido,
como una fiera acosado.
Anda hace un rato al ojeo
tras mí esa maldita tropa;
he sentido á quema ropa
sus tiros.

CLARA. ¡Creo en Dios, creo!

SANT. Líbreme de su furor;
soy un vencido que quiere
salvarse, sea como fuere.

CLARA. ¡Al fin me oíste, Señor!

SANT. Perdone usted si al entrar
la asusté; cuando se viene
huyendo, sólo se tiene
un pensamiento: escapar.
Yo no soy un asesino,
un criminal; me batí
por la idea y defendí
lo mejor por mal camino.
Ocúlteme en un rincón;
á muerte me han sentenciado;
que en la guerra, al derrotado
nunca le dan la razón.

(Brevísima pausa.)

¿Por qué tiene en mí tan fijos
los ojos?..... Usted es buena
y comprenderá mi pena;
tengo madre, mujer, hijos
que me aguardan.

CLARA. Morirás.

SANT. ¿Eh?..... ¿Qué dice usted?
CLARA. Tu suerte
es mía; quiero tu muerte,
y terrible la tendrás.
SANT. ¿Está usted loca?
CLARA. Sí, loca
de placer; como el sediento
que, tras largo sufrimiento,
hunde en el agua su boca.
Desde ayer clamo venganza;
desde ayer tengo, anhelante,
en este dichoso instante
puesta toda mi esperanza.
SANT. Usted se engaña, señora;
no comprendo lo que dice;
ni yo ningún mal le hice,
ni jamás la vi hasta ahora.
CLARA. Nos conocemos.
SANT. ¿Nosotros?
CLARA. Has asesinado ayer
á un sacerdote, al caer
la tarde.
SANT. ¿Yo?.....
CLARA. Sí; vosotros.
SANT. ¡Mentira! Jamás mi mano
he puesto en ningún delito.
CLARA. Yo tu vida necesito
por la vida de mi hermano.
SANT. ¿Era hermano de usted?
CLARA. Sí.
SANT. Comprendo tanto rencor;
mas, no siendo yo el autor
de ese crimen.....

CLARA. Para mí
como si lo hubieras sido.
Todos sois unos.

SANT. Señora,
eso no. Mi alma deplora
lo que á usted le ha sucedido;
pero en estas conmociones
populares, siempre honradas
aunque ciegas, inspiradas
en las santas ambiciones
de hallar más justos destinos,
no es culpa de vencedores
y vencidos que haya horrores,
sangre, incendios y asesinos.

CLARA. Nunca me convencerás;
sólo tu muerte.....

SANT. ¿Morir?

CLARA. Y muy pronto.

SANT. (Dirigiéndose al foro.) Antes huir
lejos de esta casa.

CLARA. (Clara, corriendo, se adelanta á Santiago y cubre con su cuerpo la puerta del foro.) ¡Atrás!
Preso aquí te he de tener
mientras llegan los soldados.

SANT. Somos dos desesperados;
pero una débil mujer
contra un hombre decidido,
perdería en trance tal,
á ser yo tan criminal
como usted ha pretendido.

CLARA. ¿Que eres más fuerte?..... lo sé.
¿Que puedes matarme?..... bueno;
pero, aun clavado en mi seno

tu puñal, te seguiré;
te seguiré en tu camino
con el ansia de perderte,
siempre anhelando tu muerte
y gritando:—«¡Al asesino!»

SANT. La muerte es muda, señora.
¿Matarla?..... no lo he pensado;
yo soy bueno, soy honrado,
y aunque supiese que ahora
con un crimen conseguía
mi inmediata salvación,
antes que tan vil acción
mil muertes preferiría.

CLARA. ¿Lo dices por conmoverme?

SANT. No, señora; la verdad;
usted puede á voluntad
aquí salvarme ó perderme;
mas, con perderme, ¿qué gana?

CLARA. Vengarme.

SANT. ¿Y en quién? ¿En mí,
que el crimen no cometí,
y con la muerte cercana
he luchado frente á frente
como adversario leal?.....
Vénguese del criminal,
pero no del inocente.
Piense que esos miserables
viven dichosos, en tanto
que condena á eterno llanto
á otros seres adorables;
á mis hijos, que me esperan;
á una esposa buena, honrada,
y á mi madre, que ya nada

en el mundo sin mí fueran.

CLARA. Todo eso y más he perdido
en un solo instante ayer;
piedad no puedo tener
de quien piedad no ha tenido.

SANT. ¿Es decir?.....

CLARA. Que sólo quiero
tu perdición.

(Breve pausa)

SANT. (Hondamente afectado.) Si es mi suerte,
sea; arrostraré la muerte
con valor; aquí la espero.

(Santiago se sienta, pone los codos sobre la mesa y esconde la cabeza entre las manos.—Hay una pausa.—Clara, que ha estado hasta ahora guardando la puerta del foro, avanza lentamente hacia donde está Santiago.)

CLARA. (Á media voz.)
¿No huyes?

SANT. (Sin moverse.) No.

CLARA. ¿Contra mí
no te vuelves?

SANT. (Con la misma sequedad.) No.

CLARA. ¿Ni, loco,
de mí maldices?

SANT. Tampoco.

CLARA. ¿No me odias como yo á ti?

SANT. Nada existe entre los dos.

CLARA. ¡Ah! ¿No merezco tu encono?

SANT. (Levantándose.)
Me mata usted; la perdono;
¡así me perdone Dios!

CLARA. ¿Me perdonas?..... ¡Tú!

SANT. Hacer bien
es grato.

CLARA. ¿Á mí..... que procuro
tu mal?
SANT. Por error.
CLARA. Te juro
que no.
SANT. Y por amor también.
El dolor se satisface
con el dolor, no con llanto;
si no padeciese tanto,
no haría usted lo que hace.
(Breve pausa.)
Por los míos morir siento;
dura ha sido mi existencia,
mas no turba mi conciencia
ni el menor remordimiento;
dentro de mi rudo oficio
y mi clase, hice á mi modo
todo el bien que pude, todo,
sin dolerme sacrificio;
fanático combatí;
pero como á mis amigos,
á mis propios enemigos
les traté cuando vencí;
yo tengo mi religión
(Golpeándose el pecho.)
aquí dentro, no en los labios,
y, cuando perdono agravios,
perdono de corazón.

ESCENA VII.

CLARA, SANTIAGO y TOMASA.

TOMASA. (Agitada y balbuciente.)
Señorita; en nuestra casa
entran los soldados.
(Asustándose al ver á Santiago.) ¡Ah!
SANT. (Acongojado.) ¡Todo acabó!
CLARA. (A Tomasa.) Vete ya.
TOMASA. (Señalando á Santiago)
Pero.....
CLARA. (Con energía.) Déjanos.
TOMASA. (Dirigiéndose á la puerta de la izquierda.) ¿Qué pasa?

ESCENA VIII.

CLARA y SANTIAGO.

Mientras SANTIAGO dice los primeros cuatro versos de esta escena CLARA se dirige al foro y observa lo que pasa en el exterior.

SANT. Moriré, puesto que Dios
me abandona en mi agonía.
Hijos..... madre..... esposa mía.....
adiós, para siempre adiós.
CLARA. (Volviendo pricipitadamente del foro.)
Pronto; ocúltese usted.

SANT. (Sorprendido y como si no comprendiera.) ¡Qué!.....
¿Que me oculte?

CLARA. (Empujándole con impaciencia hacia la puerta de la derecha.)
No perdamos
tiempo.

SANT. (Estupefacto.) ¿Pero, es cierto?

CLARA. Vamos;
á escape.

(Después de conducirle al sitio indicado, y de haber desaparecido Santiago, Clara cierra la puerta á la vez que exclama.)

Le salvaré.

ESCENA IX.

CLARA.

Por ti, por ti, hermano mío;
tú eres sólo quien me inspiras;
tú quien triunfas de mis iras,
quien mandas en mi albedrío;
quiero llenar el vacío
de mis muertas ilusiones
sembrando buenas acciones
en este infecundo suelo,
para que tú, desde el Cielo,
me colmes de bendiciones.

(Se sienta junto á la mesa.)

ESCENA X.

CLARA, un OFICIAL del Ejército y soldados.

El OFICIAL, que entra por el jardin, se adelanta hasta el centro de la escena; los soldados se quedan formando grupo del lado de acá de la puerta de la habitación.

OFICIAL. Señora, perdone usted;
se ha ocultado en esta calle
un cantonal, y tenemos
obligación de apresarle.
CLARA. ¿Y qué quiere usted de mí?
OFICIAL. Como están las bocacalles
tomadas, y es imposible
que haya podido escaparse
sin que mis tropas le vieran,
no cabe duda de que alguien
le esconde en su misma casa.
CLARA. Es muy posible.
OFICIAL. El que eso hace
incurre en pena de muerte,
y tendré que fusilarle.
CLARA. Triste deber.
OFICIAL. Lo que exige
la ordenanza. Si usted sabe
dónde se oculta.....
CLARA. ¿Yo?..... no.
OFICIAL. Si le ha visto.....
CLARA. No vi á nadie.

OFICIAL. ¿Usted me permite?
CLARA. ¿Qué?
OFICIAL. Registrar.
CLARA. Por todas partes.
OFICIAL. (Dirigiéndose á los soldados.)
¡Muchachos!

(Los soldados avanzan, extendiéndose á lo ancho de la escena.)

CLARA. (Levantándose.) Pero le ruego,
señor Oficial, que guarden
el respeto que esta casa
se merece.
OFICIAL. Es indudable
que así ha de ser.
CLARA. (Conteniendo su emoción.) Aquí vivo,
como todo el mundo sabe,
con mi hermano, un sacerdote.....
OFICIAL. (Mira á todas partes, ve el altar, los cuadros religiosos, y dice con respeto y voz más afable.)
¿Un sacerdote?.....
CLARA. Que á nadie
ha hecho mal; Dios es testigo.
OFICIAL. Señora, á haberlo dicho antes,
no la hubiera molestado;
(Haciendo el saludo militar.)
usted me dispense.
(A los soldados.) ¡Marchen!

(El Oficial, al frente de los soldados, sale de la escena atravesando el jardin.)

ESCENA XI.

CLARA y SANTIAGO.

SANTIAGO avanza lentamente hasta donde está CLARA, y la dice profundamente conmovido y con lágrimas en los ojos.

SANT. Gracias, gracias, señora; eternamente
recordaré este sacrificio inmenso.

CLARA. Ni una palabra más.

(Se dirige á la percha y coge la capa, sotana y sombrero de teja de su hermano, que entrega á Santiago, haciendo esfuerzos por contener la angustia que la domina.)

Con estos hábitos
se puede usted salvar.

(Le señala la puerta de la izquierda; Santiago se acerca á ella, se arrodilla, coge entre las suyas la mano de Clara que besa respetuosamente, se levanta y sale con lentitud por el sitio indicado limpiándose las lágrimas con el dorso de la mano.)

ESCENA XII.

CLARA.

Después de haber desaparecido SANTIAGO, dice dejándose caer en el sillón.

¡Ay! ya no puedo,
no puedo más.

(Oculta el rostro entre las manos, y, echándose de bruces sobre la mesa, prorrumpe en sollozos y gemidos, permaneciendo así un largo rato; poco á poco va calmándose, y se levanta al fin sin que cese su llanto hasta caer el telón.)

Pasó la horrible angustia
que destrozaba desde ayer mi pecho;
mi corazón despierta á la esperanza;
el odio que amargó mis sentimientos
ya no existe; mis lágrimas son lágrimas
á la vez de dolor y de consuelo;
se disiparon las tremendas dudas
que mi fe inquebrantable obscurecieron,
como al volver el sol por la mañana
se disipan las sombras en el cielo;
soy la misma que he sido, no he cambiado;
lo que pensé y creí lo pienso y creo;
ya puedo repetir mis oraciones
con el fervor de siempre; (Volviéndose hácia el Crucifijo.)
sí, ya puedo,
puedo rezar, Señor; llamarte Padre;
decirte que te amo, que respeto
tu voluntad, que acato cuanto haces
en la tierra, lo mismo que en el cielo;
ya te puedo pedir, pues no hace mucho
te ofendí de palabra y pensamiento,
que nos perdones nuestras deudas como
nosotros perdonamos las de nuestros
deudores. Soy, Señor, tu humilde sierva;
á ti sólo te aclamo y reverencio;
tú eres mi único bien; (Se arrodilla en mitad de la escena mirando al Cristo.) aquí me tienes
á tus pies prosternada.
(Cruza las manos, las dirige hacia la imagen y exclama con expresión de infinita ternura:) Padre nuestro.....

Madrid, 25 de Julio de 1894.

VICENTE COLORADO.

OBRAS.

Glorias patrias. Poema premiado, en certamen público, por S. M. el rey D. Alfonso XII.

Fundamentos de la sociología. Memoria leída en la sesión inaugural de la Sección de Ciencias morales y políticas del Ateneo de Madrid, con un prólogo de D. Urbano González Serrano.

De carne y hueso. Drama original en tres actos y en verso, estrenado en el teatro Español.

Besos y mordiscos. Poesías.

Hombres y bestias. Cuentos y novelas.

Pasión. Novela.

Día de prueba. Drama original en tres actos y en verso, escrito en colaboración con D. Francisco F. Villegas, estrenado en el teatro Español.

La Bella Nivernesa. Novela de Alfonso Daudet (traducción).

Padre nuestro. Cuadro dramático en un acto y en verso, visto en *Le Pater* de François Coppée, con un prólogo de *Zeda*, estrenado en el teatro de La Comedia.

Precio: 1,50 pesetas.